

**“LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA EN CUESTIÓN.
G. DELEUZE Y LA PRODUCCIÓN CIENTÍFICA”**

por Fernando M. Gallego¹

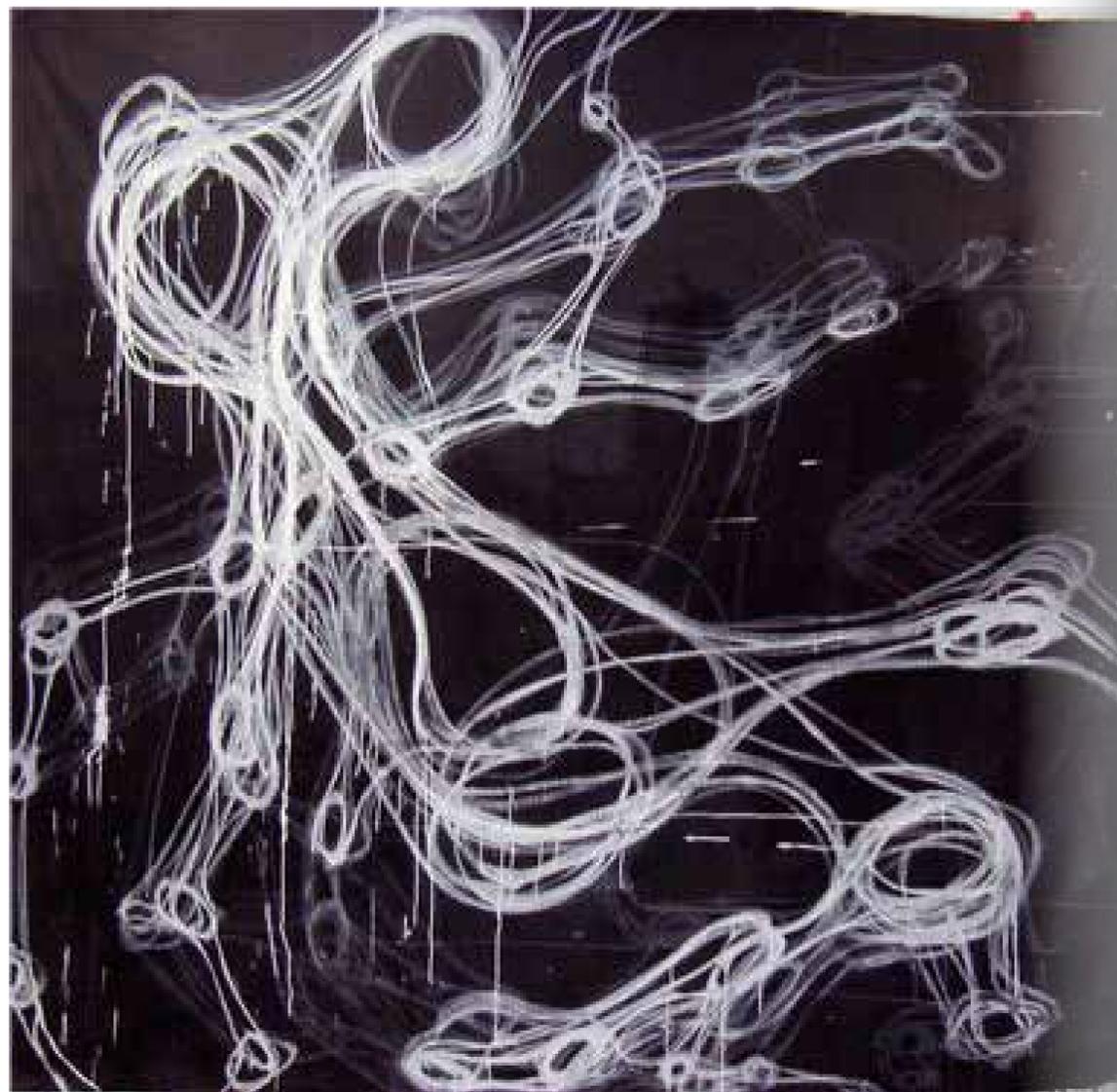
1. Desinterés *de* la filosofía de la ciencia; desinterés *en* la filosofía de la ciencia.

El pronóstico actual de la filosofía de la ciencia pareciera ser, cuanto menos, desalentador. En lo que respecta a la actualidad de la necesidad de sus principales conceptos, la disciplina tiende cada vez más a presentarse como una asignatura prescindible, completamente desvinculada de una parte importante de los problemas concretos que afectan a la práctica científica contemporánea. Acompañando esta desvinculación, una apreciación no cesa de proliferar: la filosofía de la ciencia es, en el mejor de los casos, un lujo innecesario que viene a coronar la tarea de la investigación científica y, en el peor, una materia introductoria que sólo logra devenir necesaria en tanto primero resulta institucionalmente impuesta. De esta manera, dejando a un lado el conjunto de las instancias académicas al interior de las cuales la importancia asignada a la especialidad resulta casi indistinguible respecto de la fuerza con que esas mismas instituciones logran imponerla a partir de su programación curricular, la filosofía de la ciencia pareciera encontrarse condenada a realizarse en el despliegue de una actividad reflexiva del pensamiento que sólo logra dotarse de un objeto aprovechando un trabajo llevado adelante por terceros.

1 Fernando Martín Gallego (UBA/CONICET). Es Profesor de Enseñanza Media, Terciaria y Superior en Filosofía (FFyL, UBA) y Doctor en Ciencias Sociales (FSoc, UBA). Es Profesor Adjunto en *Epistemología y Métodos de la Investigación Social* (FFyL, UBA). Se desempeña actualmente como becario posdoctoral del CONICET. Es profesor de posgrado en la Universidad de Buenos Aires (Maestría en *Investigación Proyectual – Orientación Vivienda*, FADU, UBA y Maestría en “Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad”, FFL, UBA). Dirige el Proyecto “Ciencia, filosofía y sociedad. Las ciencias sociales y humanas en *El Anti-Edipo* de G. Deleuze y F. Guattari” (FFyL, UBA, 2013-2015). Ha realizado diversas presentaciones en eventos académicos (71), colaborado en la compilación de 1 libro, publicado capítulos en libros de carácter científico (20), así como también artículos en revistas científicas especializadas (15) y en revistas de divulgación (6). fernandomartingallego@yahoo.com.ar

Mientras tanto, el planteo de una cuestión más radical continúa demorándose: ¿cuánto tiempo habrá de pasar para que comience a resultarnos vergonzoso el contentarnos con definir la especificidad de nuestra propia actividad a partir del ejercicio de un acto de control reflexivo que depende del trabajo realizado por otros? Ante esta demora, lo menos que puede decirse es que una filosofía de la ciencia exclusivamente obsesionada con el problema de la fundamentación de la certeza difícilmente pueda lograr sustraerse al ejercicio de un control reflexivo sobre los procesos y productos de la actividad científica y concentrar sus esfuerzos en una tarea que no pase, por una parte, por desarrollar estrategias metodológicas formales y, por otra, por dedicarse a elaborar modelizaciones axiomáticas capaces de exponer las condiciones abstractas de consistencia a que pueden aspirar ciertas teorías. Lo que resulta más complicado aún es que, llegados al límite, toda esta obsesión y este compromiso difícilmente pueda conducirnos en otra dirección que no sea la de desentendernos, no tanto de la tendencia a reconocer en la “realidad” histórica y social del desarrollo de la ciencia la presencia de aquello que el lugar institucionalmente asignado a su filosofía tiende a introducir en el imaginario de los propios científicos, como de intentar aprovechar la oportunidad que supone tratar de pensar conceptualmente de otra manera ese proceso de trabajo de la ciencia en función de cuyos productos la propia filosofía de la ciencia puede actualmente permitirse ejecutar sus operaciones metodológicas y axiomáticas.

Una consecuencia resulta clara: al disponerse por encima de las oportunidades de pensamiento que la dinámica misma del trabajo cerebral científico tiende a ofrecerle, al no interesarse sino por aquellas dimensiones de la labor científica que resultan pasibles de ser subsumidas y caracterizadas bajo la forma doblemente abstracta de una corrección metodológica de los procesos de justificación y de una consistencia axiomática de las teorías, al obstinarse, en último término, en promover una concepción filosófica de la ciencia que no puede considerar la facticidad de la labor científica sino como algo ya pensado que queda, por ello mismo, fuera del pensamiento,



haciendo todo esto, la filosofía de la ciencia no hace más que privarse a sí misma de una cierta potencia de elaboración conceptual que bien podría permitirle abrirse a nuevos escenarios: cuanto menos, sustraerse al círculo en virtud del cual su interesado desinterés por el trabajo científico revierte sobre sus propias elaboraciones bajo el modo de un merecido desinterés social en la disciplina.

De otra manera, dejando a un lado esta oportunidad, el destino de la filosofía de la ciencia pareciera encontrarse ya fijado de antemano: supuestamente ideada desde su mismo origen como una práctica filosófica fundamentalmente orientada a explicitar las condiciones metodológicas mínimas capaces de ofrecer garantías universales -cuanto menos- de la no-falsedad de los productos de la ciencia y, correlativamente, de la no-contradicción del andamiaje proposicional implicado en sus construcciones teóricas, la preeminencia social de la disciplina difícilmente pueda durar más de lo que dure la atención que la máquina social capitalista ha tendido a concentrar sobre esos mismos productos, en desmedro de cualquier tipo de interés por los procesos que venía a hacer posible su producción. En efecto, el problema surge conforme nuestra máquina social empieza a mostrarse principalmente interesada en garantizar, no tanto la no-falsedad de los productos de la ciencia, como el despliegue de una constante renovación de su capacidad de innovación y, subsecuentemente, conforme comienza a experimentar, de manera cada vez más acuciante, la necesidad, no sólo de asumir en forma directa el rol de conducir la actividad científica de producción de conocimientos, sino también de acceder a un saber de primera mano sobre las particularidades y los secretos que parecieran poder contribuir al refuerzo de esa singular capacidad de innovación cognitiva. Presionado por esta última necesidad, el conjunto de los anhelos y esperanzas que la máquina social se ha permitido depositar sobre la ciencia no puede sino experimentar una brusca alteración en lo que respecta a su concepción de los medios que entiende pueden permitirle alcanzar sus objetivos y, bajo esa misma condición, tender cada vez más a dejar de demandar un pensamiento filosófico prioritariamente orientado a determinar reflexivamente las condiciones formales y abstractas de cualquier conocimiento científico y

comenzar a reclamar la producción de más y mejores conocimientos sobre un proceso de producción que nadie puede permitirse ya desconocer en sus dimensiones materiales y concretas.

Remitido a este escenario, un escenario de crisis que ya tiene al menos media centuria en su haber, el rol asignado a la metodología de la justificación y la axiomática de la consistencia pareciera tornarse cada vez más accesorio respecto de la actividad científica de punta en tanto, por una parte, viene a asumir la función de una mera instancia de formación de la conciencia económica de la ciencia y, por otra, comienza a mostrarse en el esplendor de su ser social, esto es, como una pura función de normalización del pensamiento científico que no expresa otra cosa sino la necesidad de ofrecer -a un lego industrial comprador de conocimientos- garantías universales de que el insumo que tiene pensado adquirir funciona como espera que funcione. De esta manera, queda también en evidencia el límite de la singular estrategia de valorización social supuesta por el discurso que no cesa de emitir la filosofía de la ciencia que se contenta con asimilarse a dicho rol: el valor de su concepción filosófica de lo científico difícilmente podría durar más de lo que dure el distanciamiento relativo entre las instancias de la producción científica y las de la producción económica que tiene a las diversas ciencias -y a sus productos- como insumos privilegiados. Para decirlo brevemente, aquello que actualmente depara un pronóstico desalentador para la filosofía de la ciencia no es otra cosa que la alianza subterránea que, en tierras norteamericanas, hace poco más de setenta años, la condujo hacia su cenit: su compromiso, no con el ciudadano preocupado por su desarrollo cognitivo, sino con el empresario capitalista.

2. Diversidad de tradiciones en la filosofía de la ciencia.

¿Qué hacer entonces con la filosofía de la ciencia? En principio, podríamos comenzar por dedicar un poco más de tiempo a revisar -y reformular- la cartografía que ha venido oficiando de hoja de ruta a la hora de intentar reconstruir las posiciones al interior de su campo de debate. Al respecto, todo conduce a suponer que la conformidad que nos hemos permitido atribuir,

no sólo a los diversos ensayos cartográficos puestos en circulación a lo largo de los últimos cincuenta años, sino también a una cierta narración que les resulta en todo complementaria, ha sido, cuanto menos, excesiva. Desde una perspectiva histórica y -lo que tal vez resulte aún más importante- geográfica, suponer que la estructuración de las elaboraciones conceptuales, los términos de la polémica, la formulación de los problemas y la distribución de posiciones al interior del campo del debate disciplinar desplegado a lo largo de los últimos ciento cincuenta años pueden ser resumida, cuando no por el conjunto de líneas de investigación llevadas adelante por la tradición anglosajona (*i. e.*, el positivismo lógico, el racionalismo crítico, el historicismo liberal, el estructuralismo anglosajón y el naturalismo cognitivista), bajo la forma de una suerte de oposición general entre dos posiciones antagónicas



(*i.e.*, una pro-científica, encarnada por la filosofía de la ciencia de corte anglosajón y otra anti-científica, que reúne en un mismo grupo a pensadores tan disímiles como H. Bergson, M. Horkheimer, G. Canguilhem y M. Heidegger) es claramente precipitado. En efecto, no sólo es posible que, en lo que respecta a la estructuración del campo de las investigaciones de la filosofía de la ciencia, el componente “nacional” haya desempeñado un rol históricamente mucho más importante de aquel que nos hemos permitido reconocerle, sino que también puede que una supuesta tradición epistemológica francesa tenga tan poco en común con la problematización filosófica de lo científico que los alemanes han llevado adelante, como esta última lo posee respecto de la anglosajona.

Lo que es aún más importante, llevar adelante una completa revisión de nuestra concepción del principio de estructuración del campo problemático de la filosofía de la ciencia puede ofrecernos además la posibilidad de recuperar otras modalidades de vinculación de la disciplina con cuestiones que, en lo que respecta a los procesos del trabajo científico, en tanto exceden las preocupaciones metodológico-formales y de modelización de las teorías científicas, pueden permitir que la disciplina se abra a una serie de problemáticas derivadas de desarrollos realizados por la economía política de la ciencia y, bajo esa misma condición, facilitarnos la labor de remitir el pensamiento filosófico de la ciencia a la incógnita de las relaciones entre lo científico y lo productivo. Esto último no tanto en pos de repetir un cierto alegato banal, empírico y cognitivo, historicista y sociológico, que se eleva desde el odio ante el pensamiento contra la filosofía y sus conceptos especulativos sino, muy por el contrario, como una suerte de advertencia sobre el lugar al que puede conducirnos aquel interés que -montado sobre una cierta crisis de la propia filosofía de la ciencia- se complace en hacernos creer que resulta suficiente con conocer la “realidad” del trabajo concreto de la ciencia, que para concebir adecuadamente la labor científica no existe necesidad alguna de pensar nuevos conceptos filosóficos, que poco importa

la tarea de intentar pensar conceptualmente el trabajo cerebral del científico o, lo que es peor aún, que -una vez salvada abstractamente la restitución de la ciencia al conjunto de las actividades genéricamente reconocibles como “trabajo”- tranquilamente podemos contentarnos con subsumir el modo característico del pensamiento de la ciencia bajo un conjunto de categorías que, a fuerza de ser repetidas en las instituciones de enseñanza superior, han terminado logrando pasar por aquello que no son: rasgos capaces de representar adecuadamente las instancias constituyentes de su modo de pensamiento.

Mejor aún, una vez abierta esta última línea, bien puede que el intento de recuperar para los usos del pensamiento filosófico de la ciencia un conjunto de herramientas conceptuales no necesariamente anglosajona comience a resultar una vez más viable. Es que si bien la problemática de la producción y el trabajo científicos han resultado mayormente ajenos a la tradición anglosajona, una tradición que se vanagloria de su capacidad para reducir los procesos a procedimientos y los productos a modelos, un somero repaso histórico del pensamiento de los principales exponentes de las otras dos tradiciones filosóficas, tradiciones en el marco de las cuáles la preocupación por la cuestión de las relaciones de la ciencia con el capitalismo es casi una constante, lo menos que permite sostener es que no ocurre lo mismo en el caso de las variantes alemana y francesa de la filosofía de la ciencia. Llegados a este punto, se impone entonces el planteo de dos grandes cuestiones. En primer término, ¿cómo es posible que, existiendo otras opciones en materia de pensamiento filosófico de la relaciones entre la ciencia, el trabajo y la producción, en la parte mayor de los medios académicos, la filosofía de la ciencia en su conjunto haya podido terminar siendo considerada como una disciplina que dedica poco o ningún interés a la cuestión de pensar dicha vinculación? La respuesta a esta primera cuestión es tan simple como cruda: el interés casi exclusivamente centrado en la confiabilidad de los productos teóricos de la ciencia que la máquina social capitalista manifestó hasta finales de la década del sesenta del siglo pasado encontró en las preocupaciones principalmente axiomáticas y metodológicas de la filosofía anglosajona -mal que le pese a los compromisos inicialmente socialistas de ciertos miembros del positivismo lógico- un aliado natural. Ya en territorio norteamericano, si

dejamos a un lado la creencia en que el inusitado desarrollo institucional experimentado por la filosofía de la ciencia anglosajona depende de su capacidad para expresar adecuadamente en el pensamiento los rasgos esenciales de la naturaleza de la ciencia, la sorprendente hegemonía que ha tendido a acompañar la presencia de sus propuestas en el campo de debate, así como también el inmenso valor que -mundialmente y en las décadas siguientes a su desplazamiento desde tierras europeas- nos hemos permitido atribuirles, sólo pueden explicarse en función de esta alianza, una alianza que no sólo condujo a reforzar el interés que la filosofía de la ciencia anglosajona ya manifestaba por ciertas cuestiones en detrimento de otras (la forma lógico-proposicional del producto de la ciencia, antes que el pensamiento del proceso de producción) sino también a interesarla, en función de la hoy olvidada preocupación universal-humanista que guiaba sus pasos, por identificar *su* propio interés en las cuestiones metodológicas y de modelización con la totalidad del interés que cualquiera podría experimentar respecto de los debates abiertos al interior del campo especializado.

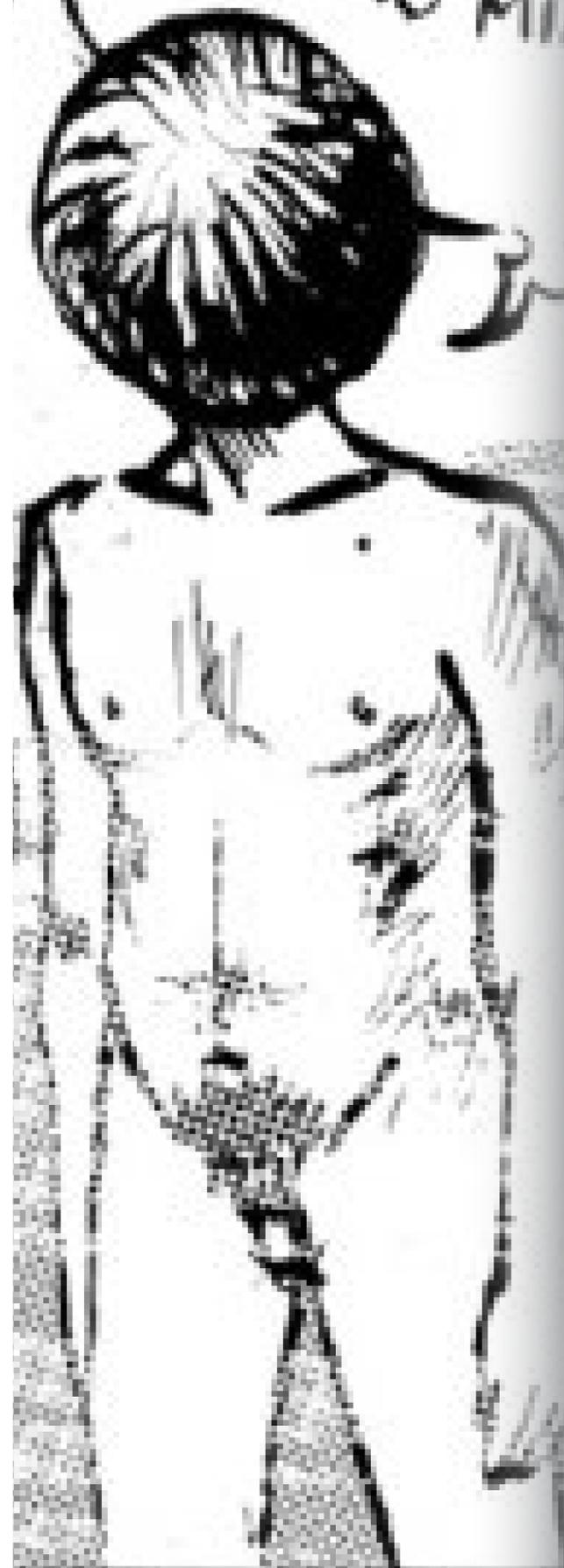
Llegados a este punto, emerge entonces una segunda cuestión: si lo dicho en la primera parte de este escrito resulta aplicable a la totalidad de la filosofía de la ciencia sólo en tanto primero nos permitimos desconocer la existencia de otras tradiciones filosóficas de investigación distintas de la anglosajona, si el desalentador pronóstico formulado en el comienzo de nuestro artículo no afecta, en principio, más que al futuro de una particular manera de llevar adelante la indagación filosófica de lo científico, ¿qué razón podría entonces permitirnos dar cuenta del hecho patente de que las tradiciones alemana y francesa no han logrado recuperar un solo palmo de terreno del debate tras el debilitamiento de

la alianza establecida entre las versiones más clásicas de la epistemología anglosajona y la máquina social capitalista? Una posible respuesta a esta pregunta, válida sólo en el caso de la variante alemana, es la que sigue: comprometidos -críticamente, pero comprometidos al fin- con la imagen de la ciencia que podía ofrecer la Gran Industria -ocurre en E. Husserl, en M. Heidegger y en los miembros de la Escuela de Frankfurt-, las variadas aproximaciones a la cuestión científica desarrolladas por la filosofía alemana del siglo pasado han tendido a resultar por completo incapaces de elaborar una concepción de lo científico que encarnara algún tipo de alternativa de resistencia *propriadamente científica* a la máquina social capitalista. En ausencia de una propuesta filosófica directamente dirigida hacia la ciencia, lo que los miembros de esta tradición podían proponer era, como mucho, un cierto tipo de apelación a la figura de una ciudadanía -o una humanidad- ideal que -sustrayéndose a la necesidad de poner en cuestión la incapacidad que esa misma humanidad experimenta de concebirse en tanto que alegremente laborante y productiva- difícilmente podía terminar ofreciéndole al propio trabajo científico algo distinto de una solución comunicativo-comercial -en principio, universalizante pero, en su límite, éticamente limitativa; solución que terminaba coincidiendo, punto por punto, con la invitación a los rigores de la mercantilización que advenía hacia la ciencia desde la propia máquina social capitalista. Para decirlo más claramente: a fin de proteger al hombre moderno de las condiciones -no por corrosivas, menos constituyente de su ser- inherentes a toda participación en un mercado laboral propiadamente capitalista, la filosofía de la ciencia alemana nunca logró ofrecer a la actividad científica una opción que no fuese la de terminar reconociendo y sancionando la completa entrega del propio proceso del trabajo científico -un trabajo sin el cual resultaría imposible sostener los estándares de bienestar y confort alcanzados por la parte

TI-OEDIPE
ZOPHRENIE ET
ES AMBIGUITES
AI RETROUVES C
EBY



I WOULD PA
NOT TO MI



restante de la vida del hombre moderno- a los rigores de esa misma corrosión. Lo que es peor aún, entendida en este sentido, la propuesta realizada por la filosofía de la ciencia alemana no hacía más que manifestar, sólo que ahora en virtud de una valoración esencialmente negativa de lo científico, una común limitación con la anglosajona: ambas resultaban, por principio, ajenas a la necesidad experimentada por la labor científica de cara a la máquina social capitalista de comenzar a repensar filosóficamente la cuestión de su propio proceso de producción; en un caso, porque el problema no les interesaba, cuando menos conceptualmente hablando; en el otro, porque sólo se permitían concebirlo en términos de sumisión y no de resistencia.

Parados ante esta segunda cuestión, la situación de la filosofía francesa de la ciencia resulta sustancialmente diferente respecto de la alemana: no sólo porque desde sus mismos inicios con A. Comte haya asignado un lugar de la mayor importancia al problema de la relación de la ciencia con el trabajo sino, ante todo, porque, en buena parte de sus principales exponentes, ha tendido con insistencia a formular, en el marco del dominio delimitado por las labores propiamente científicas, una serie de problemáticas que, consideradas a gran escala, se encontraban planteadas ya en su generalidad en cualquier tipo de trabajo desarrollado bajo condiciones capitalistas. ¿Cómo explicar entonces el escaso o, pero aún, negativo valor que sus propuestas han venido a adquirir en el debate actual, más aún cuando se toma cuenta que el interés que guiaba sus planteos se encontraba asociado, en la mayor parte de los casos, no sólo a una valoración positiva de los frutos de la labor científica sino también a un compromiso con la necesidad de explorar posibles estrategias de resistencia ante la cada vez más directa subordinación que la máquina social capitalista tendía a ejercer sobre el trabajo de la ciencia? Entendido desde esta perspectiva, el límite de las propuestas elaboradas por la tradición francesa no pareciera poder explicarse, en efecto, a partir de un supuesto desinterés por la cuestión de la labor científica sino que debe ser atribuido a otros motivos. Por un lado, a la manera en que los sectores que, al interior de las propias universidades norteamericanas se encontraban por diversas razones enfrentados a los principales lineamientos propuestos por la filosofía anglosajona de la ciencia, han tendido -a partir de comienzos de la década del setenta del siglo pasado- a recuperar, reelaborar y difundir a escala global las propuestas de la epistemología francesa en el marco de un cierto grupo difuso denominado "filosofía continental" cuyo principio de evaluación de lo científico era fundamentalmente alemán y, por ello

mismo, anti-científico. Por otro, al hecho de que la parte mayor de aquellos filósofos franceses que más se han preocupado por pensar lo científico a partir de la zona de su convergencia con lo productivo, han tendido a hacerlo bien desentendiéndose de la necesidad de reformular la concepción filosófica de la forma de su producto (M. Foucault), bien tendiendo a disolver su especificidad en el ser de su naturaleza social (L. Althusser), bien permitiéndose asimilarlo a la imagen lógico-proposicional que del mismo vino a ofrecernos el programa conjuntista anglosajón (A. Badiou) y, por ello mismo, a la constitución de una estrategia de aproximación a lo científico que, si bien podía resultar interesante a la hora de problematizar filosóficamente el proceso de producción de la ciencia, difícilmente lograba serlo a la hora de intentar ofrecer, a los propios científicos, una concepción filosóficamente alternativa de sus productos. Analizado desde esta perspectiva, el límite de la valorización propiamente científica del discurso sobre la ciencia elaborado por la tradición filosófica francesa encuentra entonces su lugar: no pasa por el desconocimiento del vínculo existente entre la ciencia, el trabajo y la producción sino por una cierta desatención que ha terminado asimilando sus críticas a las críticas realizadas por la tradición alemana, a saber, la desatención de la necesidad de volver a pensar en otros términos eso que, en el propio producto de la labor científica, logra resistir y escapar a la captura que sobre ella puede ejercer la máquina social capitalista.

3. Deleuze y el problema de la producción científica.

De entre los pensadores franceses del siglo pasado que han intentado abordar filosóficamente la tarea de concebir lo científico, el único que pareciera haber logrado desarrollar una concepción de su producto capaz de disponerse a la altura de la problematización y el diagnóstico que la epistemología francesa realizó respecto del proceso de su producción, una concepción que, no por emplazar a la ciencia en la inmanencia de lo social, lo político y lo económico, se permite desentenderse de la necesidad de dar cuenta de la singularidad de aquello que ésta produce, es G. Deleuze. Más aún, si nos remitimos exclusivamente a aquello que podríamos denominar como “obras mayores”, el desarrollo de la elaboración del concepto

deleuziano de ciencia puede ser entonces presentado como articulándose a lo largo de cuatro grandes momentos: los tres primeros (*Diferencia y repetición*, *El AntiEdipo*, *Capitalismo y esquizofrenia* y *Mil Mesetas*) dirigidos a precisar las condiciones del planteo problemático que la exposición conceptual realizada en *¿Qué es la filosofía?* intentará resolver. Referida a esta última consideración, *Diferencia y repetición* se presenta como la instancia que permite formular las determinaciones a la vez lógicas y ontológicas que condicionan la singular perspectiva en función de la cual G. Deleuze intentará posteriormente reelaborar la noción de lo científico: por una parte, que la ciencia debe ser considerada, no sólo como remitiendo, sino ante todo como constituyéndose en medio de un ser que es variación pura o, para decirlo de otra manera, repetición de la diferencia; por otra, que el pensamiento científico no implica sino un modo singular de ejercicio de una cierta capacidad de análisis y distinción y, por ello mismo, una cierta potencia de atención a diferencias que se despliegan entre repeticiones.

El AntiEdipo, *Capitalismo y esquizofrenia* aprovecha el problema planteado en *Diferencia y repetición* introduciendo en su formulación un segundo conjunto de determinaciones, ya no lógicas y ontológicas sino ante todo políticas, económicas y sociales. Remitido a esta suerte de segunda ontología, lo científico difícilmente logra escapar a un nuevo conjunto de condicionamientos que le imponen ya no las nociones de ser y de pensar, sino el propio concepto de producción. El elemento central de dicho condicionamiento es el siguiente: en tanto todo es producción, la ciencia no sólo tiende a ser considerada como una fuerza producida, sino también como una fuerza *directamente* productiva. La producción produce la distinción de sus esferas (*i.e.*, la producción, el registro y el consumo) y las esferas se distinguen *en* la producción. Distinguiéndose en la producción, esas mismas esferas vienen a hacer posible una segunda distinción, ya no entre dimensiones o esferas sino en el propio régimen de la producción. Así, de la producción al registro, la marcha del producir es conexión de máquinas relativamente sueltas que hace pasar algo, que efectúa y realiza en el consumo algo que pasa en la producción (*producción deseante*); del registro a la producción, el producir es prescripción de un cierto tipo de conexión entre máquinas, elaboración que consume un modelo general orientado a seleccionar las conexiones en la producción (*producción social*).

Entendida a partir de este segundo condicionamiento, la ciencia es, a la vez, una suerte de laboratorio abierto a la experimentación con conexiones que atiende al registro de sus efectos y un modelo que revierte sobre la industria -y, más aún, sobre la sociedad- prefigurando las posibilidades de su conectividad: lo científico es un modo singular de los flujos de conocimientos, un conocimiento de las maneras de conectar que se actualiza en las máquinas-técnicas, se aplica en tanto que procedimiento experto a los procesos de trabajo y posibilita el desarrollo de nuevos productos para el mercado. Sea como fuere, la producción de un modelo científico apto para prescribir y/o seleccionar las conexiones productivas supone, en un doble sentido, el carácter experimental de esas conexiones que prescribe y selecciona: por una parte, en tanto si debe prescribirlas es porque las conexiones no se suscitan, en principio, según modelo alguno; por otra, en tanto la propia producción del modelo científico de selección, considerada en sí misma, no puede remitir a otra condición más que la de una conectividad libre de condición que resulta dispuesta como condicionante respecto de la posibilidad de otras conexiones.



De esta manera, también la realización de la producción científica es doble y, en dicha dualidad, es la segunda dimensión aquello que viene a hacer posible la reproducción de la primera: a un lado, en tanto que acabamiento de la producción, esto es, como objetivación en un producto terminado, como procedimentalización de procesos o como satisfacción de una necesidad; a otro, en tanto que “proceso” o constante reanudación de la experimentación en la conexión. Se sigue de aquí un último condicionamiento productivo para el pensamiento filosófico de lo científico: la ciencia es también su producto (ya teoría y base empírica anglosajones, ya pre-comprensión y artefacto alemanes, ya idea y función francesas) pero ni el producto de la ciencia puede ser identificado sin más con una mera forma acabada, ni su noción puede ser identificada con el concepto de la ciencia que lo produce.

A través de la noción de nomadismo y desde una perspectiva principalmente histórica, *Mil Mesetas* viene a completar la problematización abierta por *Diferencia y repetición* y *El AntiEdipo*. Considerada en el desarrollo de la actividad que lleva adelante, la ciencia parece remitir simultáneamente a una imagen necesariamente doble: a un lado, visión de una práctica inherentemente reproductiva; a otro, atisbo de una actividad principalmente exploratoria. Entendido bajo esta condición, el concepto de lo científico se presenta entonces como aquello capaz de expresar y determinar a cada momento la jerarquía variable que constituye la relación entre ambas imágenes: cuando prima la reproducción, ciencia del control; cuando lo que comanda es la exploración, ciencia verdaderamente experimental, esto es, actividad itinerante que no atiende más que al flujo de variación inherente a cualquier materia. Por lo demás, de cara al conjunto de condicionantes que las tres obras antes mencionadas han venido a imponer a la tarea de pensar filosóficamente una nueva noción para lo científico, el rol desempeñado por *¿Qué es la filosofía?* ya ha sido precisado: presentar en esquema y desde una perspectiva puramente “internalista”, no sólo un concepto de ciencia sino también una idea de su producto capaz de integrar la solución del problema planteado en los escritos precedentes: la ciencia como modo del pensamiento creador y, más precisamente, como “disciplina creadora de funtores”.

Sea como fuera, de las cuatro instancias documentales aludidas, aquella en que G. Deleuze manifiesta un mayor grado de proximidad respecto de las cuestiones abordadas por la economía política de la ciencia es *El AntiEdipo. Capitalismo y esquizofrenia*, más precisamente, en los apartados noveno y décimo de su capítulo tercero y en las páginas finales del apartado quinto de capítulo cuarto. Permitirse desatender esta aproximación apelando al escaso número de páginas que comporta, supone privarse de un elemento clave, no sólo para la comprensión del diagnóstico que anida a la base de la elaboración del concepto deleuziano de ciencia, sino también para la consideración de aquello que, a través de la propia epistemología francesa, la economía política de la ciencia aún puede suscitar en una filosofía general de la ciencia interesada en pensar de otro modo, según otras aspiraciones, en función de preocupaciones distintas a la de la fundamentación de la certeza, el concepto de lo científico: primero, que el emplazamiento de lo científico en el dominio de lo productivo pareciera tender a provocar una inversión en la jerarquía entre las dimensiones del concepto de ciencia, inversión que -en tanto dispone el primado de lo poético por sobre lo práctico y lo teórico- no sólo fuerza a suponer que la ciencia es, antes que técnica o conocimiento, creación, sino que también sienta las condiciones socio-históricas de la caducidad de las nociones elaboradas por las tradiciones alemana y anglosajona; segundo, que entender a la ciencia como trabajo cerebral humano no conduce necesariamente a confundir la lógica de su funcionamiento con el despliegue de un conjunto de operaciones de control, que la ciencia no puede ser concebida como un mero trabajo de dar órdenes (*trabajo mental de mandar*) que viene a hacer de lo corporal, de lo social y de la naturaleza una mera materia encargada de acatarlas e implementarlas (*trabajo corporal de obedecer*) y, en definitiva, que el trabajo de control ejercido por la ciencia depende, en última instancia, de un cierto trabajo de creación desarrollado por esa misma ciencia que resulta arrancado de sus propios fines y dispuesto al servicio de anhelos que le resultan completamente ajenos; tercero, que entendida en tanto que trabajo cerebral de creación de ideas la ciencia no puede ser nunca concebida como una función directa



de la explotación humana, que la máquina-técnica no es el producto de la actividad científico sino una forma de actualización de su pensamiento, que el hombre sólo se torna esclavo de la técnica en función, no de la ciencia, sino de una cierta máquina social que explota por igual a ambos; por último, que librada a sus propias capacidades creativas, separada de las poblaciones y de otros modos del pensamiento creador, sometida a las condiciones que viene a imponerle el tipo psico-social del “empresario-imitador”, ese mismo tipo psico-social que siempre se encuentra dispuesto a provechar los restos derivados del fracaso de una innovación anterior, la ciencia resulta completamente incapaz, no sólo de alcanzar el límite de su capacidad de innovación cognitiva, sino también de hacer de la tendencia hacia dicho límite un vector de incremento sostenido de la conectividad política, económica y social. Bien puede que la ciencia aún espere algo de la filosofía y de las poblaciones, un concepto nuevo, otros usos y apropiaciones. De lo que no debería esperar nada es del interés que nuestra máquina social contemporánea tiende a depositar sobre ella: el capitalismo nunca fue el paraíso de la libre promoción de la creación científica; el capitalismo es la “conjura de los imitadores” o, para decirlo de otra manera, el modelo más realizado de una sociedad siempre dispuesta a vivir de la destrucción de sus creaciones.